

ORDENACION PRESBITERAL

JUAN PABLO VALENZUELA SEPÚLVEDA
CARLOS VIDAL GUERRERO
GERMAN ALEJANDRO MENDEZ MATELUNA
JOSE TOMAS VICUÑA UNDURRAGA

SANTIAGO, 8 DE AGOSTO DE 2018

SACERDOTES, TESTIGOS Y MINISTROS DE LA EPIFANÍA DEL CORAZON DE JESUS, EN TIEMPOS DIFÍCILES.

Os. 11, 1.3-4. 8-9

Ef. 3, 8-12. 14-19

Jn. 19, 31-37

1.- Introducción

La celebración de una ordenación presbiteral y el asombro de quienes participamos en ella, son expresión de la fe de la Iglesia pueblo de Dios y, en particular, de quienes reciben la gracia de la Ordenación presbiteral. Al mismo tiempo, proclama la confianza y la esperanza que infunde la acción redentora de Cristo el Señor, cuando marca con el sello del Espíritu Santo y configura con su propia vida y misión a quienes llama a seguirlo, como signo-persona de su presencia misericordiosa a lo largo del itinerario cristiano de

los hermanos y hermanas. El Sacramento del Orden Sagrado, viene a expresar, bellamente, el don que Jesús hace de sí mismo a la humanidad, para que los hombres y las mujeres tengan vida y la tengan en abundancia y, al mismo tiempo, confiesa y reconoce la confianza, que el mismo Jesús deposita en la persona de quienes elige para que desempeñen con fidelidad el ministerio.

La voluntad y la disponibilidad de vivir a imagen del único Buen Pastor, manifestada en las promesas sacerdotales que dentro de algunos instantes proclamarán estos hermanos nuestros, expresan la fe cierta de que el amor y la gracia divina pueden llenar de significado y de belleza la existencia y la misión de una persona, que, tras los pasos de Jesús, se atreven a adentrarse en el mar, a veces, en un mar embravecido y en franca tempestad, para echar las redes, en su nombre.

La solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, fiesta particularmente querida a la tradición espiritual de la Compañía de Jesús y muy valorada por la religiosidad popular de nuestra tierra, nos ofrece la atmósfera espiritual para vivir esta experiencia de ver nacer a cuatro sacerdotes, testigos y ministros de la Epifanía del Corazón de Jesús, en tiempos difíciles. En el Corazón del Hijo de Dios, se nos da experimentar los tesoros infinitos del amor del Padre.

2.- Saludo

Antes de adentrarnos en la meditación de la Palabra de Dios, me complace saludar a los hermanos de la Compañía de Jesús, presididos por su Superior Provincial. En este día bendito, queridos hermanos, les deseo las más abundantes bendiciones, para cada

jesuita y por la preciosa misión pastoral que desarrollan en nuestra Iglesia, en favor de tantos hermanos y hermanas, en múltiples campos de su misión, que en esta tarde están aquí representados. Desde Ignacio de Loyola y sus Compañeros, a San Alberto Hurtado, en cada uno de Ustedes, son una corriente de gracia y de cercanía de Dios, para tantos y tantas que peregrinan por nuestra geografía. Gracias, gracias especialmente en esta hora de prueba por la fidelidad a Jesucristo a su Iglesia y a los más necesitados.

Un saludo cordial a los presbíteros que, junto al Obispo, impondrán sus manos sobre la cabeza de los ordenandos para implorar el don del ministerio sacerdotal para cada uno de ellos a fin de que sean *“honrados colaboradores del orden de los obispos, para que por su predicación y con la gracia del Espíritu Santo, la palabra del Evangelio dé fruto en el corazón de los hombres”*.

De manera especial dirijo una palabra de afecto a las mamás, a los papás, hermanas, hermanos y demás familiares de los futuros sacerdotes. La Iglesia les agradece la acogida de la vocación de sus hijos y hermanos. Ellos no dejarán de ser hijos y hermanos para Ustedes. Desde hoy serán hermanos y pastores para tantos y tantas que buscarán en ellos una huella del corazón del Padre y de la cercanía de Jesús.

Saludo finalmente a los queridos diáconos Juan Pablo, Carlos, Germán Alejandro y José Tomás. Éste, queridos hermanos, es del día del Señor, día en el que se cumple la promesa que los ha acompañado a lo largo de sus años de formación, día que marca, en forma indeleble, su identidad cristiana, como ministros de Cristo el Señor.

Comparto con quienes los acompañan, parte del diálogo que sostuvimos hace una semana. Recuerdan? Les hice una pregunta:

¿Qué les dice la gente cuando ustedes anuncian que en una semana más, serán ordenados presbíteros? ¿No les dicen, acaso, que son unos locos? ¿Sacerdotes, en estos tiempos? Es verdad. Los que piensan y les dicen que son unos locos, tienen razón! Hay que estar loco para dejarse seducir y para vivir seducidos por Cristo el Señor, para confesar lo definitivo que Él es para nosotros. Cuando muchos lo abandonan porque es duro comprender, cuando el seguimiento pierde el brillo de la transfiguración y se cubre de ignominia y deshonra, cuando la vida sacerdotal aparece cargada de indigencia e inapropiada para la misión, la fe humilde y confiada del Apóstol Pedro los viene a socorrer, desde el más profundo abatimiento: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna... (Jn.6, 69); “Señor, Tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.”(Jn.21, 17). “Me sedujiste, Señor y yo me dejé seducir por ti”... Vivir seducido, dejarse seducir, todos los días, especialmente en tiempos de convulsión, éste es el desafío que los compromete.*

Concluyo saludando con afecto y gratitud a los padres, hermanos y familiares de quienes serán ordenados, agradeciendo la acogida de la vocación de sus hijos, hermanos y familiares, invitándolos a hacerse partícipes de misión que se les confía.

Gracias a las comunidades cristianas que acompañaron el crecimiento de estas vocaciones en diversas latitudes de Chile y del mundo. Gracias por acompañarlos y por acompañarnos, gozosos y orantes en este día de fiesta.

3.- La luz de la Palabra

A la luz de la Palabra que ha resonado en nuestra Asamblea Litúrgica, los invito a entrar en el espíritu de la liturgia que

celebramos, a descubrir y acoger el don de lo que estamos celebrando.

3.1.- Los designios del corazón de Dios.

La experiencia espiritual sobre la cual se funda la vida y el ministerio de un presbítero, hunde sus raíces en la conciencia de haber sido llamado y elegido gratuitamente por el Señor. El evangelista san Marcos, narra la invitación dirigida a Simón y a su hermano Andrés que estaban echando las redes al lago: *“Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres”*. Lo mismo sucedió con Santiago y Juan: *“inmediatamente los llamó y ellos dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, se fueron con él.”* (Cfr. Mc 1, 16-20). La Biblia nos relata que es Dios quien escoge a Abraham para bendecir en él *“a todas las naciones de la tierra.”* (Gn.12,3); es Dios quien llama a Moisés para liberar al pueblo de la esclavitud de Egipto, Dios quien elige a David y a los profetas para guiar a su pueblo; Dios, quien elige a María para que el Verbo asuma de Ella carne humana y quien llama a los Apóstoles, a Pablo para anunciar el Evangelio.

El texto del profeta Oseas proclamado como primera lectura, en esta solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, pone de relieve la metodología de Dios para llamar. La elección no obedece a criterios mundanos de prestigio, de poder o de superioridad...: *“Cuando Israel era niño, Yo lo amé; Yo le enseñé a caminar; yo lo tomaba por los brazos y era como los que alzan a una criatura contra sus mejillas; me inclinaba hacia él y le daba de comer.”* (Os. 11,1-3). Las imágenes utilizadas por el profeta, hablan de alguien

pequeño que hay que levantar para que alcance la mejilla del padre, de alguien hacia el cual es necesario agacharse para que pueda ser alimentado, de un niño que está aprendiendo a caminar y necesita de brazos adultos que lo sostengan, de aprendizaje, de acompañamiento... Dios ha querido escogerse un pueblo de pobres, de sencillos, de exiliados... Son los criterios proclamados por Jesús en las Bienaventuranzas del Reino; los criterios que nos ha enseñado y que han inspirado su vida de Maestro y Señor que no vino a ser servido, sino a servir. En su carta a los Efesios, San Pablo nos ha recordado que la grandeza del ministro no es el propio yo, sino Cristo, el Señor: *“Yo, el menor de todos los santos he recibido la gracia de anunciar a los paganos la insondable riqueza de Cristo.”*(Ef.3,8); *“Que Cristo habite en sus corazones por la fe, y sean arraigados y edificados en el amor. Así podrán comprender con todos los santos cual es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, en una palabra, el amor de Cristo que supera todo conocimiento.”* (Ef. 3, 19).

3.2.- Sacerdotes: Epifanía del Corazón de Cristo.

También la elección de Ustedes, queridos ordenandos, es iniciativa del Dios para sean epifanía del corazón de Cristo y un llamado a vivir en permanente actitud de ministro, es decir de servidor. *“A ti te ha escogido el Señor tu Dios.”*(Dt 7,6). No eres tú quien lo ha escogido; tú has sido escogido; has sido escogido *“para estar con él”* y *“para ser”* en la historia memoria de Jesús, de su profecía de un mundo nuevo de gozo, de fraternidad y de solidaridad. Y, esta gracia tiene una sola explicación: su amor, la

gratuidad de su amor, amor que se comprende mejor desde la pequeñez, como María, la humilde sierva del Señor.

“Elección y servicio”, “elección y misión”, son un don inseparable. No hemos sido elegidos para ostentar un título honorífico o un privilegio social, sino para reproducir la imagen de quien nos eligió. “Quien entre Ustedes quiera ser grande que se haga servidor de los demás; y quien quiera ser primero que se haga servidor de todos, porque el Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.”(Mc 10,44)... “Yo el Señor y Maestro les he dado ejemplo...”.

Es así como se presenta el apóstol Pablo ante la Comunidad cristiana de Roma: “servidor de Cristo Jesús, llamado apóstol, elegido para anunciar la Buena Noticia de Dios.”(Rom1,1). Como Jesús y como los Apóstoles, el auténtico sacerdote no es un hombre que vive para sí. Vive para los hermanos, especialmente para aquellos hermanos que están al descampado, discriminados, muchas veces considerados desecho de la humanidad.

El Papa Francisco nos urge a “seguir construyendo una Iglesia profética, que sepa poner en el centro lo importante: el servicio a su Señor en el hambriento, en el preso, en el migrante, en el abusado.” (Carta a los Obispos de Chile 17.05.2018).

Queridos ordenandos les toca el privilegio de vivir su ministerio en tiempos desafiantes, difíciles, casi en un desierto “pero, precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío - recuerda Papa Francisco-, es cómo podemos descubrir

nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres de este tiempo. En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esa forma mantengan la esperanza" (EG. 86). Nada les debe atemorizar: Jesús oró por Ustedes. Padre, *"conságralos con la verdad. Como tú me enviaste al mundo, yo, los envíe al mundo... No solo ruego por ellos, sino también por los que han de creer en mi por medio de sus palabras."* (Jn 17,17 ss.).

Permanezcan en el amor del Señor... Llamado y misión mantienen su vigor y crecen, si el sacerdote acierta a hundir las raíces de su ardor sacerdotal en Dios, si alimenta la lámpara en la íntima comunión de vida con Dios, si se deja amar por el Señor: *"Padre, ruego por los que han de creer en mi..., quiero que los que me confiaste estén conmigo..., para que el amor con que Tú me amaste esté en ellos..."* (Jn17, 20 ss.).

Hermanos y hermanas, la materna intercesión de la Madre de Jesús, la oración de los Santos, especialmente de los Compañeros de Ignacio de Loyola y nuestra propia oración, obtengan para quienes serán ordenados presbíteros el don de ser fiel imagen de Cristo Jesús, Buen Pastor.

Amén